

*LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DE SOLIDARIDAD CON LA
LUCHA DE LOS PUEBLOS AFRICANOS Y ARABES CONTRA EL
IMPERIALISMO Y LA REACCION*

Por LUIS MARIÑAS OTERO

En septiembre de 1978 se celebraba con grandes solemnidades en Addis Abeba el IV aniversario del triunfo de la Revolución etiope y, haciéndolo coincidir con esta efeméride, se reunía en aquella ciudad la Conferencia Internacional de Solidaridad con la Lucha de los Pueblos Africanos y Arabes contra el Imperialismo y la Reacción, denominación que habla por sí sola del sentido y alcance de dicha Conferencia, así como de su ideología inspiradora.

La Conferencia fue poco comentada en su día por los medios de difusión internacionales; se resaltó más la presencia de Fidel Castro, cuya fotografía en actitud familiar con el presidente etiope, Mengistu Haile Marian, fue ampliamente reproducida en todo el mundo; se especuló sobre la potencia del ejército etiope, que desfiló con modernísimo armamento de fabricación soviética en los actos celebrando el IV aniversario de la Revolución; pero poco o nada se habló de la Conferencia, iniciada dos días después, y que agrupó en la antigua capital imperial a lo más representativo del radicalismo tercermundista de tendencia prosoviética, identificado con los éxitos políticos y militares del régimen etiope.

La Conferencia se inscribe en el marco de aquellos movimientos u organizaciones creados a iniciativa soviética en la década de los treinta como vehículos de su política exterior, tomando la inspiración de los mismos, causas que pudiesen evocar amplias simpatías en medios no exactamente comunistas, pero con la suficiente ambigüedad para servir de instrumento a la política exterior de la URSS en un momento dado; de ahí que su actividad y reuniones a veces se hayan

resentido de discontinuidad y tengan un carácter ocasional, generalmente según los intereses de Moscú, en relación con un problema o país determinado.

Estos movimientos se han plasmado fundamentalmente en dos causas, ambas ampliamente populares en todo el mundo y no solamente en los sectores calificados de «progresistas»: la de la paz y la de la solidaridad con los pueblos oprimidos por gobiernos, minorías o poderes extraños coloniales (corolario lógico es que son esos mismos movimientos los que definen y establecen los límites de sus propias actividades y compromisos en forma no lejana a la escolástica, sin que curiosamente, y a pesar de contar casi con medio siglo de vida, tales organizaciones hayan sido objeto de estudios rigurosos y de amplia difusión en los países occidentales).

Los movimientos pacifistas en la versión que ahora examinamos se hacían eco de un sentimiento muy extendido en Europa tras la Primera Guerra Mundial; su inspiración inmediata se encontraba en el Pacto Briand-Kellogg, cuyas aspiraciones supo apropiarse y popularizar el Gobierno de la URSS desde el Congreso de Amsterdam en 1932, plasmándolas en el aún existente y actuante Consejo Mundial de la Paz, participe por cierto en la Conferencia que hoy examinamos, aunque desde luego su idea inspiradora no coincida en su concepto con la enunciada en el pasado siglo por el presidente Juárez de Méjico, hecho harto conocido y probado, no obstante lo cual a través de sus actividades en este campo se ha apuntado evidentes éxitos propagandísticos.

El primero de los movimientos de solidaridad con los pueblos surge con motivo de la guerra española, también con gran resonancia en todos los medios, cuyo éxito llevará, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a su proliferación, unas veces en relación con un país determinado, otras veces con carácter más universal e institucionalizado, como en el caso de la OSPAAL o la AAPSO¹.

A iniciativa de las anteriores organizaciones se iniciaron las Conferencias de Solidaridad Afroasiática, en las que desde el primer momento se puso de manifiesto la bipolarización de los intereses de las dos grandes potencias del bloque socialista que plasmó en la reunión de Jartum en 1969, en la que triunfó la línea pro soviética frente a la pro china, la reciente Conferencia de Addis Abeba no ha

¹ La Organización de Solidaridad de los Pueblos de Africa, Asia y América Latina (OSPAAL) fue creada en La Habana en 1966, y en dicha ciudad se estableció su Secretaría; la Organización para la Solidaridad de los Pueblos Afroasiáticos (AAPSO) se creó en El Cairo en 1957, radicando en esa capital su Secretaría y siendo su tónica más moderada que la anterior.

CONFERENCIA DE SÓLIDARIDAD CON LA LUCHA DE LOS PUEBLOS AFRICANOS Y ÁRABES

hecho, como veremos, sino continuar y reafirmar la referida línea. Tal vez en este caso cabría decir que la «solidaridad» no sólo se afirma con los pueblos oprimidos, sino también con los gobiernos de aquellos Estados—caso del país huésped—que han derribado esta opresión, de ahí el mayor alcance y ambiciosas expectativas de la misma.

* * *

Asentada la Revolución etíope y triunfante sobre los separatistas eritreos y, con ayuda soviética y cubana, en el conflicto de Ogaden, la Conferencia de Solidaridad se convoca como apoteosis de tales éxitos.

En mayo de 1978 se iniciaron los trabajos preparatorios de la misma; es reciente y absoluto el triunfo en Ogaden, pero problemático aún el resultado frente a los guerrilleros eritreos.

En el mes de julio se crean un Comité de Trabajo, constituido por representantes de 10 naciones y cinco organizaciones, y un Comité Preparatorio Internacional, con representación de 35 de tales entidades.

Los 10 Estados representados en el Comité de Trabajo pertenecían a diversas tendencias políticas, con mayoría de carácter radical: Angola, Argelia, Cuba, Etiopía, Libia, Portugal, Tanzania, Unión Soviética, Vietnam y República Popular del Yemen. Las cinco organizaciones eran, además del AAPSO y del Consejo Mundial de la Paz, a los que ya aludimos, el ANC (African National Congress) de Sudáfrica, el Frente Patriótico de Zimbabwe y la OLP palestina.

El Comité de Trabajo había ya adoptado el orden del día de la Conferencia el 19 de julio, estableciendo como bases del mismo la discusión sobre «los complots, métodos y maniobras empleados por el imperialismo para anular a los movimientos progresistas» y sobre «la importancia de reforzar la unidad de acción y la solidaridad de las fuerzas progresistas».

* * *

El 12 de septiembre se celebró el IV aniversario de la Revolución etíope con asistencia de delegaciones de alto nivel de 40 naciones, principalmente africanas y del bloque oriental, aunque el carismático líder cubano fue sin duda alguna el foco de la atención general, culminando las ceremonias con un gran desfile militar.

En el discurso pronunciado con ocasión de los actos por el teniente coronel Mengistu Haile Marian, éste adelantó la tónica de la Confe-

rencia con un duro ataque a China por su actitud ante el reciente conflicto de Ogaden, equiparándola a los países reaccionarios que directa o indirectamente lanzaron un ataque concertado contra Etiopía.

El día 14 se inauguraba en la capital etíope la Conferencia Internacional de Solidaridad con la Lucha de los Pueblos Africanos y Arabes contra el Imperialismo y la Reacción.

Una serie de acontecimientos internacionales ocurridos en los meses anteriores determinarán la tónica y resoluciones del cónclave: los sucesos de Shaba, las conversaciones de Camp David y—aunque carecía en absoluto de relación con los objetivos declarados de la Conferencia—los choques entonces recientes entre fuerzas gubernamentales y sandinistas en Nicaragua.

Participaron en la Conferencia representantes de 132 países y organizaciones, entre ellos los dirigentes del Frente Patriótico de Zimbabwe, Nkomo y Mugabe; Vasily Kuznetsof, miembro del Comité Central del Partido Comunista de la URSS, y, como dijimos, Fidel Castro al frente de una nutrida delegación cubana.

En el acto inaugural se leyó un mensaje de Breznief elogiando al pueblo etíope, «que marcha por la ruta de fundamentales transformaciones económicas y sociales y lucha valientemente para defender sus conquistas revolucionarias, soberanía, unidad e integridad de su territorio», y a la Conferencia como «confirmación del deseo de los pueblos árabes y africanos de combatir unidos contra el imperialismo, el neocolonialismo, la reacción, el fascismo y el sionismo», en cuya lucha podían «contar con el firme apoyo de la Unión Soviética», concluyendo por reafirmar la identidad de la política de su país con los objetivos de la Conferencia en relación con el futuro de Zimbabwe, Namibia, Africa del Sur y Palestina.

El discurso inaugural de la Conferencia fue pronunciado por el mandatario etíope, que resaltó el carácter de puente de su patria entre el mundo árabe y el africano y propugnó que de la Conferencia surgiera un «mecanismo permanente» para coordinar las actividades futuras de los participantes en los campos objeto de la misma.

Como era de prever, el discurso más esperado y que reflejó mejor el ambiente imperante entre los delegados fue el pronunciado por el líder cubano, que lo hizo a continuación de su colega etíope y que se caracterizó por su tónica combativa. Fidel Castro dedicó gran parte de su extenso discurso a examinar la situación y futuro de los territorios del cono sur del continente africano, interpretando el sentir general de los participantes en el areópago de Addis Abeba.

Expresó que la paz en Namibia y Zimbabwe era inalcanzable mientras los dirigentes angloamericanos continuaran manteniendo intactas «las estructuras reaccionarias existentes».

Criticó duramente la Conferencia de Camp David; a China, por su «política divisionista», y —sin nombrarlo expresamente— al Gobierno de Somalia, «por sus sueños expansionistas».

Concluyó atacando duramente al régimen nicaragüense, a «los lazos del sionismo con el fascismo latinoamericano» y a la intervención de la CIA y las compañías transnacionales en América Latina.

Las resoluciones adoptadas por la Conferencia reflejaron el ambiente pleno de radicalismo imperante en la misma.

Se aprobó una «Declaración general» que reitera los principios inspiradores de la Conferencia, y en la que se reafirmó el derecho de los pueblos árabes y africanos a sostener sus derechos nacionales y a combatir por su independencia política y económica, se repudiaba el imperialismo y la política exterior china y se expresaba el caluroso apoyo a la Unión Soviética y Cuba, concluyendo con una condena del «imperialismo económico» y por afirmar que la unidad de acción de las fuerzas del socialismo y de los movimientos de liberación nacional constituyen un factor fundamental para el desarrollo y progreso mundiales.

Además de esta declaración de principios se aprobaron una serie de resoluciones sobre temas específicos.

En relación con Africa se adoptaron cuatro resoluciones:

1.^a Sobre la situación en el Cuerno de Africa, en la que, como era de prever, condenaba a Somalia por su política expansionista y a Irán y Arabia Saudita por sus intentos de destruir la Revolución etiope y promover guerras fratricidas entre los pueblos africanos.

En la misma resolución se denunciaba a los separatistas de Eritrea por sus proyectos, «de inspiración imperialista», de desmembrar Etiopía, y expresaba el apoyo al Gobierno etiope en su lucha por defender la Revolución y la integridad territorial del país.

2.^a En resolución sobre Africa del Sur, se propugnaba la adopción, con carácter vinculante, de sanciones económicas contra la RSA y su expulsión de las Naciones Unidas, acusando al imperialismo de «oponerse por todos los medios a la destrucción del régimen racista de Pretoria».

3.^a Sobre el Sahara occidental, resolución en la que se criticaba a Marruecos por su «política expansionista» y se instaba a Mauritania a que «renunciase a la guerra contra el pueblo saharai»; y, por último,

4.^a Se aprobó una resolución exigiendo «el desmantelamiento inmediato y total de todas las bases militares imperialistas en Africa», condenándose expresamente a Francia en términos muy duros y exigiendo la retirada de todas las fuerzas francesas de Africa.

Las bases y fuerzas foráneas de carácter no imperialista no fueron, dentro del espíritu imperante en la Conferencia, mencionadas en la repetida resolución.

Sobre el Oriente Medio se denunciaron los acuerdos de Camp David; se propugnó el apoyo a la OLP, el cierre de las bases británicas y norteamericanas en el golfo Pérsico, la expulsión de los monopolios petroleros imperialistas de la zona y la expulsión de Omán de las tropas iraníes.

Concluyó la Conferencia el 17 de septiembre con un mitin popular masivo en apoyo de sus acuerdos.

Acuerdos que, como vemos, constituyen una adhesión sin fisuras a los postulados de la política exterior soviética.

Al día siguiente, al abandonar Etiopía el presidente cubano, ambos países emitieron un comunicado conjunto² manifestando su expresa adhesión a los acuerdos de la Conferencia, cuyas resoluciones reitera, y que amplía a otros temas de política internacional en regiones no incluidas en el temario de aquella.

De esta forma expresan los dos presidentes su apoyo a Vietnam «contra la interferencia china y la agresión camboyana» y «al pueblo de Corea en su lucha por la reunificación sin intervención extranjera de ninguna clase». Critica el comunicado a la NATO y se expresa el total acuerdo de ambos países en los temas más caros a la política exterior cubana en relación con otras naciones iberoamericanas: Chile, Nicaragua, Puerto Rico y Panamá, de sobra conocida por nuestros lectores.

Concluyen ambos presidentes con una solemne declaración en contra del uso de la fuerza en política internacional, que elevan a principio inviolable, aunque también reafirman a continuación ambos mandatarios su «apoyo a la justa causa de los pueblos que combaten contra el imperialismo».

² Vid. texto en la edición semanal de *Granma*, de La Habana, año 13, núm. 40 (1 de octubre de 1978).